

ran a Eliot que con el título de *Four Quartets Kehsarsed* ha escrito Raymond Preston, en un volumen publicado por Sheed and Ward, de Londres, un excelente estudio de su poesía.

Y termina la obra que sucintamente hemos diseñado con el ensayo que firma D. S. Savage y se ocupa del novelista E. M. Forster, el autor *The Longest Journey* y *A Passage To India*. Tenemos aquí a un escritor que no se ha prodigado cuantitativamente. Sus libros son escasos, pero la exigüedad numérica no impide la abundancia de la calidad. Puede discutírsele, pero nadie tendrá la osadía de negarlo. Es de los grandes nombres de las letras inglesas de este siglo.



RECABARREN O EI LÍDER DE SUDOR Y ORO, por *Antonio de Undurraga*. («Cultura». 1946).

La reforma política de Chile tiene cambios violentos. situaciones de esfuerzo, fieros antagonismos, llevados por un cauce de sangre y fuego, aunque toda reforma en sí no es más que un cambio fragmentario de lo fundamental, la reacción de cierto ambiente en torno de una doctrina circunstancial, movable, siempre, al antojo del deseo. Por esto el líder de doctrina barnizada, engañosa—tan común en nuestro medio—especialista en limitaciones sociales y cariado por un altarcito burocrático, progresista sólo en lo económico personal, el político de manga ancha, atrasado en recados y actividades esenciales, no tiene asidero posible dentro de lo fundamental, o sea, en el hombre y su unidad organizada: el pueblo. Líderes engolados, tiesos y lustrosos, derretidos en cacerolas de prebendas, sometidos ante un señor alto, de repletos bolsillos, sobran. Los encontramos con doblar una esquina, el cuello duro y la melena aplanchada. Por ello la figura de Luis Emilio Recabarren agiganta en el tiempo su estatua de luz, labrada en la lucha y el esfuerzo, en la re-

dención y el sacrificio. Antonio de Undurraga, poeta de ardiente envoltura, consagra ahora a este huésped de lo humano un libro de robusta reciedumbre, desnudado de todo artificio y nebulosa: *Recabarren o el líder de sudor y oro*. El poeta ha decidido reverdecer el cauce desbordado que se proyecta en lo social con un brillo inigualado, de Luis Emilio Recabarren. Al mismo tiempo coloca a la poesía en su función liberadora, dispuesta a servir con útiles del cielo, una labor transida de angustiados sollozos.

Este libro de Antonio de Undurraga, este líder de sudor y oro, alto y verdadero, luminoso y con gestos de vigía, tiene la santidad de sacar de la sombra una existencia tempestuosa, de hálito simbólico, mediante la llama de una poesía responsable. El poeta de altos giros que hay en De Undurraga logra quemar lo mejor de su voz bajo el alero de vitales savias que esconde la fisonomía de Recabarren. Héroe y poeta andan de la mano, tocándose la sangre en una alianza que exprime gotas de ternura. Si la altura terrestre de Luis Emilio cubre el tiempo y su pureza proletaria reposa en un nido de cales eternas, afebrando con la dura violencia de su vida, Antonio de Undurraga ha sabido dignificar esa faz poderosa, afirmar su potencia rotunda con la gravedad de sus jugos íntimos, plenos de fuegos y encendidas fidelidades.

En este romancero biográfico de Recabarren el poeta reafirma sus títulos y desliza al personaje por un túnel verbal brillante y luminoso. De Undurraga pisa la historia de Recabarren, ahonda en su protesta familiar, en el martirio de sus sienes. No quiso dar sólo el óbolo de su corazón y la saciedad de su veneración hacia el muerto de vida eterna. ¿Quedarse, por otra parte, con la aureola del deslumbramiento es hacer siembra leal y anotar la verdad en el mapa de lo indestructible? Sí. Pero, también, se esculpe con luz perenne, infinita, derramando el vinagre de la veracidad, haciendo justicia con lo sucedido en el tiempo. Antonio de Undurraga ha sido fiel a los hechos y

amantísimo en el cuidado de su exaltación. La epopeya resonante de Luis Emilio se lava en los octosílabos del poeta, en la caricia de un agua bautismal y pasa, luego, a quemarse en la hoguera de su reconocimiento. Sublime desvelación la suya.

Varón labrado en ansiedad, nacido para la poesía fué Recabarren. Anduvo siempre tierno y secreto, tras el conflicto social, cercando sus muros, rodeando su molde liso y quemante. Sus ojos de vivo, salidos desde la vida, encontraron en lo cotidiano el motivo para forzar lo establecido y dar vuelta los valores ante el vuelco de su visión agudizada. En este *Recabarren o el líder de sudor y oro*, su figura, volcándose sobre la estrechez del romance, forma una visión de plenitud y firmeza única. El tipógrafo, el soñador de las letras de metal, no tenía su aliado en la buenaventura. Su empresa era terrible, una lucha total y decidida contra el bienestar, un regateo desafiante frente a una paz hechicera. Así, de esta forma, forjó lo que después sería su arma predilecta: un periódico de diario beneficio humano.

Antonio de Undurraga no barniza los motivos. Su función de poeta y revelador de la verdad lo lleva hacia el centro del reconocimiento, manifiesta lo sucedido con brochazos de luz. Recabarren mantiene, en cada página, una altura de Maestro. El rebelde que utilizó el periodismo y la oratoría como una llave mágica en su infinito afán de sojuzgar la desgracia y desnudar al tiempo, en una suprema necesidad de dignificar lo humano, recibe la justicia del hombre y la honra sublime del poeta.

Ruta de tempestad escogió el líder y el aire que circundaba sus pasos tenía olor de combate, estaba cargado de dolor y de un silencioso martirio. De Undurraga sabe decir y constatar el padecimiento constante de Luis Emilio:

«Pero hay tordos de alquitrán,
lombrices que de sus tacos
pugnan por atarle el habla».

(«La Amante y don Malaquías»).

El poeta sabe mantener una llama insobornable que ilumina la cara de Recabarren con una cordialidad sin límites. El cauce amargo y patético, puro y bello, por donde ha conducido a su héroe, arrebatándolo con donaire exuberante de subjetivas exploraciones y afebrados ímpetus de veneración, bien habla de quien, como De Undurraga, muestra ya en su estilo una plenitud equilibrada capaz de separar, dentro de su poesía, lo puramente padecido de la revelación exterior. Sus versos respiran, como en esa *Oda de España en ultramar*, nunca olvidada, dentro de una ruta hecha de erudición, en la cual la hermosura gasta su destello más expresivo,

Mantiene siempre el libro una altura lírica controlada. De Undurraga no construye a fuerza de golpes musicales; menos a ímpetu de un goce sin término. De los versos surge una verdadera valoración de Recabarren, el sabor de su plena soledad, liberando su eternidad de todo ropaje circundante y calza su diario contraste con una responsable pureza de palabras. Sin embargo, Antonio de Undurraga, moviliza, a veces, toda su capacidad verbal y logra, refugiado en su hechura erudita, beneficiar las páginas con una intimidad intencionada y un júbilo deseoso de expandir sus dulces savias. Tal sucede con las cuecas del capítulo «La Amante y Don Malaquías» y que más tarde se hacen una hélice espantada en «Cielito Lindo»:

«La higuera puso los huevos,
la miss tan negros los halla.
cócoro cócoro-có;
gallinas, muslos, paraguas,
picando en cueros de lluvia;
la leche sube a la cama,
sube a las niñas desnudas,
el maqui pinta a la guagua,
las cañas huercas se alistan

comiendo roncas castañas,
 cócoro cócoro-có.
 para ir, señor, a la Cámara».

Debemos señalar, no obstante, cierta tendencia en Antonio de Undurraga a la repetición de motivos. En «Cielito Lindo», pag. 55, verso 5, dice: «ya hay un andamio de huesos». Más tarde repetirá esto en «Rusia y la Muerte», pág. 67, verso 11: «junto a un andamio de huesos». Igualmente antes, en *Transfiguración en los párpados de Sagitario* (1), el poeta ya había utilizado esta imagen en su poema «Elegía incorporada en el agua», donde se encuentran, sucesivamente, un «negro andamio de huesos» y un «frío andamio de huesos». Además hay en todos sus poemas yuxtaposiciones de tropos y metáforas, similares en fondo y forma: laurel de huesos», «cable de huesos», «murmullos de huesos», «hueso de pluma», etc.

No alcanzan, sin embargo, estos pequeños indicios a tocar la esencia de este *Recabarren o el líder de sudor y oro*, poemas en que Antonio de Undurraga clarifica su destino de poeta humano y leal, convulsionado por el dolor social y su perdurabilidad suprema.—ANTONIO CAMPAÑA.



CHILENOS EN LA ANTÁRTICA, por Oscar Vila Labra. Editorial Nascimento, 1947

La rapidez con que Oscar Vila Labra escribió este libro, obliga a comentarlo en la misma forma. Y no resulta un acto forzado pues se lee agradablemente, cogido el lector por una forma que, sin ser cuidada, es flúida, vital, plástica a las inmensidades que pretende describirnos. He ahí, a nuestro juicio, la

(1) Revista Multitud, N.º 52, 23 de octubre de 1943.